

# Hundido hasta el cielo



Modernos y Clásicos de El Aleph

# Richard Fariña

## Hundido hasta el cielo

Traducción de Kenneth Jordan Núñez



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original inglés: *Been Down So Long It Looks Like Up to Me.*

© Richard Fariña, 1966

Primera edición: octubre de 2008.

© del prólogo: Thomas Pynchon, 1983

Reproducido con el permiso del autor a cargo de Rogers, Coleridge & White Ltd.,  
20 Powis Mews, London W1 1JN

© de la traducción: Kenneth Jordan Núñez, 2008.

© de esta edición: El Aleph Editores, S. L. U.

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Fotocomposición en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Limpergraf, S.L.

Depósito legal: B-44.882-2008

ISBN: 978-84-7669-832-7

*Para MIMI*

«Pronto abandonaré la Escena...»

Benjamín Franklin en una carta a George Washington

5 de marzo de 1780

## Contenido

Introducción	13
--------------	----

### PRIMERA PARTE

1. Gnosso encuentra un lugar donde vivir. Fitzgore y Heffalump ven un fantasma. Se elabora un plan para comer. Una cajera conoce al rey de México.	27
2. El tipo de la fraternidad que fumaba. El Pall Mall paregórico. Empieza la saga del enema. Pamela Watson-May por fin se decide.	53
3. ¡Buenos días, depresión! Heffalump hace de mamá. Monseñor Putti. Un primer encuentro con el Decano de los Hombres.	77
4. Blacknesse y la diosa oscura. Gnosso cuenta un cuento repetido. Una cena de curry, si se le puede llamar cena. Mrs. Blackness, con un sari, consigue unas pinzas para darle de comer una araña a una planta carnívora. Nostalgia y agitación en <i>Guido's Grill</i> (o) la historia se complica. Un segundo encuentro con el Decano de los Hombres.	91

5. *¿Jimmy Brown, the Newsboy?* Dos curiosos extranjeros, el látigo y el ojo de cristal. Una proposición muy peculiar. *L'Hopital Rule* y el regreso homicida de Watson-May. Apoteosis en la mochila. 129
6. *Morning Martinis* y estroncio 90: el humo se te mete en los ojos. El beagle y el conejito (una epifanía cruzada). Los felices Grün, el invernadero y la olla de Olla. La gran pregunta retórica. Heffalump como madre perspicaz. ¿Un credo? 155
7. Zombis, vampiros y la chica de los calcetines verdes hasta las rodillas. 173
8. El amor entre los Black Elks. Gnosos cuenta otro cuento. Mojo y el microbús masoquista. 185
9. La voz de la tortuga, Gnosos como Prometeo. El objeto encontrado que vivía en la taza del váter. 213
10. Un sueño antes de la cena. Las dos vírgenes: la confrontación. Una paradoja en tinta imborrable. 229
- SEGUNDA PARTE 249
11. Oeuf. Esto se pone cada vez más interesante. 263
12. ¡Un hurra por la feliz pareja! La locura a través del método pragmático. 267
13. Oscuridad, pájaros y abejas. El guardiamarina de Fitzgore en el suelo del cuarto de baño. La desfloración epifanística. David Grün explica la tercera dimensión. 285
14. Gnosos se involucra mucho más. Una teoría sobre el origen cósmico, diferentes puntos de vista y un invitado *non grato*.

15. La enramada de la inocencia perdida. Beth Blackness y una confusión/contradicción de términos. 303
16. Se siembran semillas de duda. 315
17. América sobre ruedas, emporios, un encuentro con Da Capo, enfermedad social, y otro país. 329
18. Con Pappadopoulos al frente. 351
19. La inocencia recuperada. El General William Booth entra en el cielo. El buda reclinado/recostado. 357
20. Irma se lo cuenta a todos. En medio del tumulto y la algarabía, Gnosos hace un trato. Un viajecito gratis para Kristin. 371
21. El portador de malas noticias. 385



## Introducción

Ya había oído hablar de Richard Fariña mucho antes de conocerlo en persona. Fue durante el invierno de 1958, hacia el final del segundo semestre escolar, estando yo de colaborador para la *Cornell Writer*, la revista literaria del campus. En cierto momento, empezaron a llegar a la redacción algunas de las historias y los poemas que se recogen en este libro. Era una voz radicalmente distinta, que parecía venir de algún otro lugar del mundo, una voz más segura, menos confiada, de mayor calidad que la mayoría de los textos que nos llegaban. Mis compañeros no supieron darme mucha más información de este personaje apellidado Fariña, tan sólo que había estado durante un tiempo fuera de Cornell, viajando de un lado a otro.

Pronto, en las últimas filas de las aulas que nadie ocupaba y donde yo solía sentarme, empecé a detectar esta peligrosa presencia: no usaba ni americana ni corbata, llevaba el cabello más largo de lo normal y se sentaba siempre con el mismo grupo de gente. No hablaba demasiado pero se notaba que estaba allí, analizándolo todo. Con el tiempo, llegué a relacionarlo con «el otro», la presencia literaria.

Íbamos en grupos distintos, de ahí que nuestros caminos sólo se cruzaran ahora y en ese momento. Un día de primavera, pasaba yo por el patio de la facultad de letras y me encontré a Fariña, recostado sobre la hierba con un libro

abierto. Nos saludamos con la cabeza y nos dijimos hola. «¡Oye!», me dijo Fariña, «Doy una fiesta el sábado por la noche en mi casa, en la *College Avenue*. Si te quieres pasar...». Fue así como descubrí, por primera vez, su extraordinario don de la cortesía. Mientras hablábamos, algo extraño estaba sucediendo. Un grupo de chicas con las que había coincidido en algunas clases y a las que había soñado en muchas ocasiones con acercarme, se habían parado allí, al aire libre, a hablar con Fariña; y éste las estaba invitando a su fiesta. Increíble, pensé para mí mismo, increíble.

No cabe duda de que 1958 fue un año singular. El lector puede hacerse una idea del alcance de la represión sexual que vivía el campus en aquella época. El *rock and roll* ya había convivido con nosotros durante algunos años, pero la fórmula «drogas, sexo y *rock and roll*» todavía no había empezado a hacer mella en la mayoría de nosotros. Se suponía que todas las universitarias de Cornell vivían en el campus, y que pasaban gran parte de su tiempo encerradas bajo llave en residencias o en hermandades femeninas, conocidas como *sorority houses*. Entre semana, tenían que llegar antes de las once de la noche, hora en que se cerraban todas las puertas con llave. Pasar la noche fuera sin autorización significaba tener que enfrentarse al *Women's Judiciary Board*, que podía representar expulsión de la escuela. Los sábados por la noche, tenían la gentileza de prolongar el toque de queda hasta las doce, algo que nos parecía igual de irrisorio.

El toque de queda no era el único problema erótico al que debíamos enfrentarnos: había un ratio de tres o cuatro chicos por cada chica, además, las prendas íntimas femeninas parecían haber sido diseñadas diabólicamente para retrasar cualquier posibilidad de intromisión y que el toque de queda llegara antes de lo previsto, si no para impedir por todos los medios cualquier acceso al área pélvica de nuestra acompañante. En una de las hermandades que conocía, como segura-

mente en muchas otras, siempre había una mujer vigilando en la puerta principal durante las noches de citas. Su trabajo consistía en asegurarse, de forma educada pero manual, de que toda «hermana» antes de salir por la puerta llevara consigo alguna versión de aquel cinturón de castidad de látex. Los caseros y los comerciantes de la zona tenían también la obligación de informar de la presencia de chicas en apartamentos fuera del campus, como el de Fariña. Mediante estas y otras muchas medidas, la universidad creía que estaba cumpliendo con su deber, actuando *in loco parentis*.

No fue hasta la primavera de 1958 cuando se empezó a protestar seriamente en contra de este excesivo entremetimiento. Como si se tratara de un avance de lo que sucedería en los sesenta, los estudiantes se unieron por la causa, escribiendo cartas de protesta y organizando concentraciones y manifestaciones. Finalmente, hacia la hora del toque de queda de la noche del 23 al 24 de mayo, unos dos mil valientes marcharon con antorchas hasta llegar a la casa del rector de la universidad. Tiraron piedras, huevos e incluso una bomba de humo. Delante del porche de la entrada, el rector, salpicado de huevo, prometió que en Cornell nunca más se haría ese tipo de manifestaciones. Seguidamente, entró en su casa y llamó al supervisor de los exámenes gritando: «¡Quiero cabezas! ¡Me da igual de quién, pero cortad cabezas, lo antes posible!». Al menos así se rumoreaba en el campus la mañana siguiente, tras conocerse la noticia de que cuatro estudiantes de los últimos cursos habían sido expulsados, entre ellos Fariña. Esto, sin embargo, no les iba a frenar; estaban enfadados y no tardaron en proponer nuevas manifestaciones. Después de varias negociaciones, los cuatro estudiantes fueron readmitidos. Éste fue el trasfondo político y emocional de aquel largo segundo semestre en Cornell, durante el que Richard Fariña escribió su novela *Hundido hasta el cielo*.

No se trata de la típica novela de universitarios. Podría decirse que Fariña utiliza el campus más bien como un microcosmos del mundo en general. Utiliza continuamente la retrospectión e introduce durante toda la novela personajes del exterior. No aparece el sentimiento de asilo o de eterna juventud. Como los típicos vientos hibernales de la región, la conciencia de la muerte sopla en cada capítulo. De hecho, la novela acaba con la muerte de uno de los principales personajes.

La conciencia del universitario queda en parte relegada a un conjunto de asunciones irresponsables acerca del ser inmortal. El elitismo y la crueldad a menudo presentes en el humor del universitario son fruto de esa creencia en la propia exención, no sólo del tiempo y de la muerte, sino también en parte de las exigencias de la vida. Es la Exención (en una interesante acepción que Fariña amplía en esta novela) lo que tanto desconcierta y lo que persigue al personaje principal de la novela, Gnosso Pappadopoulis.

Para Gnosso, la Exención no es algo que él pueda dar por sentado ni algo sobre lo que pueda ilusionarse. Su vida consiste en un esforzarse «día a día» por seguir ganándose-la y por mantenerla. A lo largo de la novela, Gnosso ve pasar frente a él un gran número de posibilidades, entre ellas las religiones orientales, las epifanías de carretera, las drogas, el amor. Sin embargo, en cierto momento, todo esto se le vuelve en contra demostrándole de alguna manera su fracaso. Lo único que le queda y de lo que podrá depender es su propia coherencia, una versión extendida del *cool* de los años cincuenta. «Se me ha concedido la inmunidad», piensa Gnosso, «para que no pierda mi *cool*». Respaldo por ciertas habilidades aprendidas en la calle (como el forzar cerraduras o conseguir drogas), el *cool* ayuda a Gnosso a salir adelante, y eso es algo que siempre está presente en la esencia de su estilo.

Existía también un elemento similar de reserva en el propio personaje público de Fariña. Cuando hablaba, era típico ver dibujada en su rostro una media sonrisa un tanto irónica, como si estuviera controlando su voz y realmente no creyera lo que estaba diciendo. Era como si llevara siempre consigo un campo protector de autoconciencia y reacción instantánea; algo que me impidió descubrir cómo era él realmente, aunque tuve la oportunidad de conocerlo un poco mejor durante el curso de 1959. Nunca llegamos a ser íntimos, pero nos gustaba estar el uno con el otro, y lo que escribíamos. Salíamos juntos e íbamos a fiestas y a beber cerveza con más gente del campus a sitios como el Ivy Room o el Johnny's Big Red Grill (que en la novela recibe el nombre de Guido's), los lugares donde nos solíamos juntar por la noche.

La comida y la atmósfera en el Johnny's era bastante similar a la que describe Fariña en la novela. De vez en cuando, había música en directo. Peter Yarrow (que después pasarían a ser Peter, Paul & Mary) dio allí un concierto, quizá uno de los primeros. Solía alternarse con un grupo de *rock and roll* que eran todos familia del dueño de la tienda de ultramarinos que había en la misma calle. En pocos años, estas dos corrientes, el folk moderno y el rock de la clase obrera, derivarían en lo que hoy se conoce como la música de los High Sixties. Sin embargo, a Fariña, por aquel entonces, no le interesaba tanto la música pop como otras formas americanas algo más tradicionales como el jazz y, especialmente, el blues (ambos estilos propios del campo y del colectivo negro). Escuchaba, aunque con cierta ambivalencia (algo que queda más que evidente en la novela), al ahora canonizado como Buddy Holly, y mostraba especial debilidad por el tema titulado *Peggy Sue*. Parece como si en el solo de guitarra de aquella canción hubiera conseguido oír algo que otros no podían, como un flash de ideas que llegaba a su

cabeza (aunque puede que esto sea solo fruto de mi propia retrofantasía). Dos álbumes de la época que sé que le encantaban eran *Back Country Suite* de Mose Allison (también mencionado en la novela) y la versión en inglés de Weill y Brecht de la *Threepenny Opera*.

Cuando salía a bailar, Fariña iba en busca de música latina. Había sido bendecido, y él lo sabía, con una feliz combinación de herencias. Su madre era irlandesa y su padre cubano. Tenía familia en ambos países y había ido a visitarlos con ellos. Ocurrió que, en los años 1958 y 1959, había un gran número de estudiantes de América Latina en la facultad de arquitectura, y ése era un círculo en el que Fariña podía moverse con cierta comodidad y confianza. Todo el mundo veía las fiestas que organizaban los fines de semana como de las mejores. Fariña bailaba un extraño pasodoble que yo nunca antes había visto y cuya autenticidad no puedo confirmar. Pero puedo asegurar que las mujeres con las que bailaba, aunque al principio se mostraban algo asombradas, disfrutaban muchísimo con él, que era de lo que se trataba.

Era tradición que, cada año, para el día de San Patricio, la facultad de arquitectura construyera un enorme dragón chino, que parecía medir como un kilómetro de largo y que intentaba albergar bajo su lomo a tanta gente como fuera posible. Iba por todo el campus, entrando y saliendo de las aulas y, en medio de aquella confusión, un buen número de manos que salían de debajo de aquel bicho aprovechaban para agarrar y manosear a las chicas a las que se acercaban. Muchos se teñían el pelo de verde y, durante todo el día, la gente los animaba bebiendo cantidades ingentes de botellas de cerveza de ese mismo color. Era el único día, próximo al equinoccio de primavera, en el que las dos raíces étnicas de Fariña llegaban a una especie de balance y podían ser alimentadas por igual. Al acabar el día, solía juntarse con un gran grupo de gente que había cargado con el dragón en un

conocido bar llamado Jim's; todos con el pelo teñido de verde, de pie, alrededor de una mesa, con una gran jarra de cerveza verde, citando el «verde, que te quiero verde» de García Lorca. A esto le seguía toda una serie de brindis por todo lo verde: cervezas verdes, coños verdes... «¡El barco sobre la mar!», gritaba Fariña, «¡y el caballo en la montaña!». Años más tarde, en California, al amanecer del día que se casó con Mimi Báez, nos volveríamos a reunir todos medio ladeados en el jardín delantero de la casa de alguien, en torno a unos novios aún resacosos. Fue en algún sitio de campo, en las montañas, cerca de Palo Alto. Aquélla sería una de las veces en las que conseguimos representar una de aquellas epifanías conjuntas. Fariña era el protagonista y guiaba al resto del grupo montaña arriba. En lo alto de aquella montaña verde, como mirando hacia nosotros, había un caballo blanco. Fariña y yo, por supuesto, no pudimos evitar pensar en el caballo en la montaña de Lorca.

En la universidad, coincidimos alguna vez en la misma onda literaria. Lo pusimos de manifiesto una vez en una fiesta; no era de disfraces pero, sin pretenderlo, íbamos disfrazados cada uno de un personaje (él de Hemingway y yo de Scott Fitzgerald, conscientes cada uno de que el otro había pasado por una fase de entusiasmo por su respectivo autor). Supongo que, por aquel entonces, estaba aprendiendo de Fariña a verle la gracia a algunas de mis obsesiones. En 1959 también nos dio mucho que hablar la que todavía creo que es una de las mejores novelas americanas, *Warlock*, de Oakley Hall. Empezamos a animar a la gente a que la leyera y, durante un tiempo, parecíamos como una especie de secta. Pronto, un buen número de nosotros ya hablaba lo que pasamos a denominar como «diálogo Warlock», una especie de lenguaje victoriano del salvaje oeste, reflexivo, estilizado. Fariña también pudo haber visto en esto otra forma de mantener la calma, el *cool*.

Leí *Hundido hasta el cielo* por primera vez en el verano de 1963, cuando era tan sólo un manuscrito, uno de los primeros borradores. Recuerdo haberle dado un montón de consejos, aunque, si bien es cierto, no recuerdo exactamente lo que le aconsejé. Afortunadamente no los tomó en cuenta. Seguramente debió pensar que yo estaba todavía en las clases de redacción. Más tarde, cuando le faltaban tan sólo diez páginas para acabar de rescribir el último borrador, su mano le dejó de lado. «¿Te han contado que tengo la mano paralizada?», escribía en una carta en el famoso lenguaje Warlock.

La primera vez que leí el libro, no pude evitar compararlo con mi propia experiencia de aquel mismo lugar, de aquel mismo momento y de la misma gente. Parecía como si Gnosos y Fariña fueran la misma persona. También me resultó muy divertido reconocer a los homólogos del resto de personajes en la vida real, recordando cada una de las historias que los relacionaban con él. Ahora, viéndolo desde un punto de vista mucho más lejano, casi veinte años después, creo que el método que utilizó quizá no era tan simple como parecía. No era sólo cuestión de utilizar cosas que ya habían sucedido y cambiar los nombres de los personajes; realmente se dejó la piel, y el resultado fue tan agradecido que, al principio, me lo creí sin más.

Parecía que, a la hora de crear a muchos de los personajes, Fariña había empezado por los rasgos clave que en los personajes reales de Cornell más le llamaban la atención (la decencia de Drew Youngblood, las bravuconadas maníacas de Juan Carlos Rosenbloom, la complexión de Judy Lumpers) y, seguidamente, por esos rasgos más propios que acababan de completar el carácter y la esencia de cada uno de ellos. Por último, dejaría que cada uno de los personajes adoptara a su libre albedrío una vida dentro de la novela, separada de la que cada uno de ellos llevaba en la vida real.



No había mucho misterio en cambiarles el nombre, todos ellos sabían quiénes eran y todavía hoy están entre nosotros.

Por lo que respecta al personaje de Gnosso, no es precisamente Don Perfecto, en absoluto. Posee un temperamento más bien corto y una baja tolerancia a las religiones organizadas, a las mitologías nacionales, a la incompetencia, a la resignación, a cualquier persona de los estados del sur (fuera racista o no), y la lista podría continuar. Es susceptible al sentimiento de *vendetta* o de adaptación kármico, un impulso que sospecho que no está completamente ausente en el motivo por el que Fariña escribió la novela. Gnosso toma drogas y alcohol sin ningún tipo de control, y es grosero en público con las mujeres, algo que nunca vi hacer a Fariña. Fariña siempre trató a las mujeres con muchísima educación, aunque también protagonizó algún que otro momento un tanto deshonesto.

Centrémonos, por ejemplo, en la historia del lobo. Se trata de uno de los dos encontronazos de Gnosso con la vida animal homicida (el otro es del mono diabólico, en el capítulo 14). En el libro, Gnosso cuenta el cuento del lobo a Kristin McCleod, una joven de la que se está enamorando. La historia aparece en forma de diálogo, en el que se le pide a Kristin, y a nosotros al leerlo, que proporcione los datos de los sentidos: el frío, el crujido de la nieve, las vistas del macizo de Adirondack. Se trata de la versión más perfeccionada de una historia cuyas primerísimas versiones ya habían oído muchos de sus amigos en Cornell, probablemente, más veces de las que hubieran deseado. De hecho, la historia del lobo le dio un gran éxito que en aquel momento utilizó para, entre otras cosas, ganarse a las chicas, muchas veces precisamente aquellas en las que uno ya había puesto la mirada. Recuerdo que a la mayoría de ellas les gustaba. Por supuesto, cada vez que la contaba, la rescribía, por lo que la mejoraba cada vez.

La historia del mono diabólico o del mandril en la ventana no tuvo tanto éxito como la anterior. A algunos les resultaba dramático, otros pensaban simplemente que se le había ido la cabeza. Cuando llegaban los aburridos días de invierno, siempre nos quedaba la opción de ir a divertirnos a la puerta de Fariña fuera la hora que fuera, y hacer lo que imaginábamos que eran caras y sonidos de mandriles, esperando algún tipo de reacción. Pero él se limitaba a dibujar en su rostro una media sonrisa y se encogía de hombros como diciendo «si no lo pilláis, no lo pilláis».

Esa escena, sin embargo, sigue siendo una de las más efectivas de la novela, dentro de un gran número de escenas oscuras. La más oscura de todas, y creo que la mejor escrita, es la secuencia que tiene lugar en la Cuba revolucionaria, en la que el mejor amigo de Gnosso muere accidentalmente. Aunque a esto le sigan varias páginas en las que se narran disturbios en el campus, el auténtico clímax de la novela se da en Cuba. Volviendo a su fase Hemingway, Fariña debió haber relacionado ese argumento con cualquier historia real que acabara en muerte. La muerte, en esta novela, está siempre justo al otro lado de la ventana. El humor cósmico reside en los intentos inútiles de Gnosso por llegar a algún tipo de acuerdo con Thánatos, y encontrar a alguien que pueda librarlo del contrato mortal al que todos tarde o temprano tenemos que enfrentarnos. Nada de lo que intenta funciona, pero no es sólo eso, está demasiado enamorado de vivir, de las drogas, el sexo y el *rock and roll* (se siente tan seguro de sí mismo que cree que tiene que correr riesgos, tentar a la muerte; y se da cuenta sólo a medias de que, cuanto más intensamente vive, menos tiempo le queda para llegar a su fin).

A medida que se acercaba el final del semestre en Cornell, Fariña parecía estar cada vez más impaciente. Tenía un trabajo esperándole en Nueva York y, según decía él, no le importaba si había acabado o no la carrera. Seguramente,

debió haberse producido también algún desastre de tipo amoroso en el que estaría implicada la original de Kristin McCleod, pero nunca llegamos a hablar de ello y lo único que oí fue un vago rumor. Ese semestre íbamos todos juntos a la misma clase, y fuimos a estudiar para el examen final al Johnny's Big Red Grill entre botellas de cerveza Red Cap. Al día siguiente, no llevábamos ni media hora de examen cuando, mientras redactaba una de las preguntas de desarrollo, noté un movimiento, levanté la vista y vi a Fariña entregar el examen y salir. Era imposible que hubiera acabado. Cuando pasó por mi lado, le levanté las cejas y él me sonrió y se encogió de hombros (como solía hacer). Ésa fue la última vez que lo vi antes de graduarme.

Se fue a Nueva York, a Cuba, se casó con Carolyn Hester, estudió música, cruzó el océano, estuvo viviendo en Londres, después en París, se divorció, volvió a California, se fue a vivir a Boston y, finalmente, volvió a California. A veces escribía cartas y a veces nos veíamos (no muy a menudo). Hablamos por teléfono el día antes de que muriera. Su libro acababa de salir. Planeamos vernos en Los Ángeles unas semanas después. La noche siguiente oí la noticia en una emisora de rock local. Iba en la parte de atrás de una moto por la carretera de Carmel Valley, donde el límite de velocidad es de 60. La policía estimó que debían de haber ido a unos 140, y que cayeron al coger la curva. Fariña salió despedido y murió.

Llamé a su casa, pero nadie respondía al teléfono. Llamé a los de la Associated Press de Los Ángeles y no pudieron confirmarme nada. Nunca me había pasado de tener que llamar a un hospital. No quería oír lo que pudieran decirme. La única persona a la que pude localizar aquella noche fue una amiga lejana que también le conoció en Cornell. No sabía mucho más que yo. Todavía con cierta esperanza, hablamos largo y tendido, hasta medianoche, de Fariña y de

los viejos tiempos; en nuestra voz, cada vez que lo nombrábamos, podía apreciarse una mezcla de cariño y desesperación que nunca antes habíamos sentido. Recuerdo que, hacia el final de la conversación, ella se rió. «Me acaba de pasar algo por la cabeza. Si el cabrón de Fariña», me dijo, «ha sido sólo herido de gravedad (si llega a ver la luz al final del túnel y vuelve), nunca vamos a escuchar el final».

THOMAS PYNCHON, 1983.

*Primera parte*



## Uno

A Athené.

El joven Gnosos Pappadopoulos, el peludo Winny the Pooh, el guardián de la llama, volvía de los mares de asfalto de la gran tierra consumida, de la Ruta 40 y de la inflexible Ruta 66. Había vuelto a casa; sin embargo, en su mente todavía guardaba la imagen de aquellos cañones roídos por los glaciares, los dedos de los lagos, y el recuerdo de las chicas de Westchester y Shaker Heights. Caminaba con paso firme, como clavando a cada paso sus botas en el suelo, y con la mente llena de propósitos y aspiraciones.

De vuelta a Athené, donde Penélope se había acostado en aquel éxtasis de infidelidad, donde Telémaco había llegado a sentir odio hacia su padre y le había pegado una patada en la entepierna, donde el viejo y paciente Argos había salido a recibir a su señor, cansado del viaje, y le había clavado los colmillos en la pierna, infectándola con la banalidad de algún horror salvaje e hidrófobo.

¡Sé bienvenido!

Pues para el hogar fue hecho el loco,  
para el hogar de sus propias fantasías;  
y el hogar de la sátira, para la paja y la banalidad.

El sol brillará siempre sobre estas tierras y la lluvia no cesará de regar este terreno rebelde, esculpido desde dentro por una casi mágica fuerza geológica.

Aquella cuesta empinada le estaba dejando sin aliento. Con la punta de las botas iba apartando la nieve teñida por el barro y la ceniza. Desprendía un ligero olor a ciervo y a conejo, y en su aliento se había fijado el aroma a anís de algún licor oriental. Nadie le había visto y, de haberlo visto, nunca hubieran imaginado que era él (pensar en todos los rumores que corrían de él lo estaban dejando muerto de sed). Casi había llegado al final de *Bright Angel Trail*. Caminaba como encorvado y con los ojos cansados de no ver nada más que madrigueras en el salvaje Gran Cañón. (Unos pensaban que una noche en Nuevo México un grupo de pachucos tatuados le habían dejado tirado por el suelo medio muerto, que le habían cubierto de agua regia y le habían prendido fuego hasta morir; otros decían que le había comido un tiburón en la playa de San Francisco, y que una pierna había sido arrastrada por la corriente hasta Venice West; y G. Alonso Oeuf lo hacía en los Adirondacks, congelado.) Pegó un traspié. (Había quien decía que las D.A.R.<sup>1</sup> de St. Regis Falls, durante una de sus tradicionales excursiones de invierno, lo habían pillado completamente desnudo y con una erección sobre un lecho de tiernas ramas de abeto, con las piernas cruzadas en la posición del loto y con una misteriosa marca de casta donde se supone que estaría su tercer ojo.)

«Soy invisible», pensaba él a menudo, «y estoy Exento. Me han garantizado la inmunidad, para que no pierda mi *cool*. La polaridad la selecciona cada uno como quiere, porque no estoy ionizado y no poseo valencia. Llámame inerte y monótono si quieres, pero ¡cuidado!, yo soy la Sombra, capaz de nublar la mente del hombre. ¿Quién sabe lo que el

1. Las *Daughters of the American Revolution* (D.A.R.) es una organización de mujeres que luchan por la preservación histórica, la educación y el patriotismo.



demonio busca en el corazón del hombre? Soy Drácula, mírame a los ojos».

Desde las paredes color guisante de la estación de autobús Greyhound, subía la cuesta de la llamada insípidamente *Academiae Avenue* arrastrando los pies, bien abrigado con su parka y con la mochila a la espalda llena con sus únicas posesiones y con aquellas cosas que él consideraba indispensables en su vida: la chapa de la serie radiofónica *Captain Midnight*, ciento sesenta y nueve dólares de plata, un calendario de aquel año (1958), ocho ampollas de elixir paregórico, una bolsita de plástico con semillas exóticas, un puñado de hojas de parra en un humidificador especial, un bote de queso feta, trozos de percha para usarlos como pinchos de kebab, una camisa de *boy scout*, dos ramitas de canela, un tapón de tónica de la marca Dr. Brown's Cel-ray, una muda de calzoncillos de la firma Fruit of the Loom que había encontrado entre un montón de prendas con descuento en Bloomingdale's, un par de pantalones de pana de recambio, una gorra de baseball de 1920, una harmónica Hohner F, seis chuletas de lomo de venado, y un número arbitrario de patas de conejo cortadas y saladas recientemente.

Hojeando los anuncios del *Athené Globe* que había encontrado en la terminal de autobuses, había dado con el número 109 en la lista de apartamentos disponibles para el segundo cuatrimestre. Esperó un poco antes de entrar, recuperando el aliento después de la cuesta, e hizo un rápido análisis del número de ventanas y de puertas y de las posibles rutas de escape. La casa, de estilo gótico americano, estaba recién pintada y estaba formada por una estructura de armazón roja con molduras blancas y curiosidades suizas esculpidas alrededor del marco de las ventanas. Tenía un pequeño jardín que le confería un ligero toque bucólico, en el que sin duda sería agradable despertarse en mayo con una fuerte resaca, apoyando la cabeza en la hierba y respirando nomeolvides.

Golpeó la puerta tímidamente y le recibió la chica más delgada que había visto jamás. Llevaba puesto un albornoz y lucía en el cuello una pelusilla rubia y suave. Llevaba dos largas coletas cogidas con un par de gomas amarillas. Apenas tenía cejas.

—¿Viene por lo del piso? —preguntó.

«Británica, asesina de campesinos chipriotas, una antagonista innata». Debía tener cuidado.

—Mi nombre es Ian Evergood, señorita —mintió—. No hace falta que sea tan correcta. ¿Le importaría que le echara un vistazo?

—Está todo patas arriba; estamos a punto de mudarnos cerca de la lavandería de estudiantes, ¿sabe dónde queda?

«¡Dios mío!», pensó. Debajo del albornoz se insinuaban dos grandes montañas, ¿llevaría algo debajo? Tenía que ser discreto.

—No estoy muy seguro. He estado fuera un año, y como siempre están cambiando las cosas de sitio... Se ve grande el piso, ¿no?

—Sí, eso creo.

No podía pedir más, mejor eso que nada. Gnosos se dio cuenta de que le estaba mirando.

—Por cierto, siento venir con estas pintas. Vengo de caería, de los Adirondacks.

—¿Cacería? ¿De animales, quieres decir?

—Sí, más bien.

—¡Qué horror! ¡Matar a pequeños seres que no pueden defenderse!

—Me encontré con un lobo. Y con un oso que también me estaba acechando.

—¿Un oso? ¿En serio? ¿Por qué no entras, en vez de quedarte ahí fuera?

—Había descuartizado a tres niños, hasta que conseguí matarlo. Fue horrible. Pero hay que decir que fue un buen tiro.

—¿Eres británico?

—Griego.

—¡Ah!

Demasiado tarde, no debería haber dicho nada. Probaría de nuevo.

—Tengo sangre Mountbatten. ¿Los muebles van incluidos?

—Hay dos sillas que son de ellos —dijo, apuntando con la cabeza a dos puertas francesas cerradas con pestillo que conducían al piso de al lado.

—Otra es mía, y esa cosa de mariposas también. Si quieres, te la puedo vender. Aunque no son muy cómodas; al menos, no para sentarse.

—¿Para qué, entonces? —se le arrugó la frente a la vez que debieron de arqueársele también las cejas. Valía la pena intentarlo. Oyó agua hervir. Comida gratis—. Las necesitaría todas. Disculpa, veo que estabas preparando té. Si no te importa, me encantaría... ¿Puedo echar un vistazo mientras?

—No hay problema. Date una vuelta, eres el primero que viene —dijo dirigiéndose hacia la cocina. ¡Dios! Llevaba medias también—. ¿Lo tomas con leche y con azúcar?

—Sí, con todo.

No había dormitorio pero habían dividido una pequeña sección al final del salón con una especie de biombo de bambú. Mala señal. Sin embargo, el resto se veía bien: globos de papel de arroz en las lámparas, paredes blancas, una alfombra navajo en el suelo, un sofá grande, chimenea. Echó un vistazo a la cocina.

—Me llamo Pamela —dijo ella, vertiendo el agua en dos tazas sin asa a través de un colador de tela. El albornoz se le abrió lo suficiente como para dejar ver algo más del vello rubio del cuello, algo que produjo en Gnosos un espasmo de lujuria.

—¿En qué facultad estás? —le preguntó ella mientras tomaban el té.

—Astronomía —dijo él, mintiendo nuevamente—. Teorías del origen, galaxias que se expanden, mecánica cuántica..., ese tipo de cosas. ¿Y tú?

—Arquitectura.

—¿Y cómo es que no vives en una residencia de estudiantes?

—Estoy en quinto —contestó—. ¿Te gusta la cocina? El frigorífico es enorme, y te dan todos los cacharros de cocina. ¿Te apellidas de verdad Evergood?

—Tomé el apellido de soltera de mi madre cuando mi padre entró en los Benedictinos.

—Disculpa, no quería resultar indiscreta.

—No pasa nada. Me envía brandy, dulces... Es buenísimo este té. ¿Y tú, cómo te apellidas?

—Watson-May. Pero ¿es verdad que mataste a un oso que te estaba acechando? Quiero decir que... ¿no es peligroso?

Empezó a notar un pequeño cosquilleo en la entepierna. Aquello hubiera sido normal por la mañana al despertarse, pero no a aquellas horas de la tarde. Menos mal que llevaba la parka y se disimulaba; de lo contrario, se hubiera dado cuenta. No le importaba que estuviera delgada, esas montañas y ese cabello... Intentó seguir con la conversación.

—No necesariamente. Depende del hombre —dijo, alardeando—, y de la primera bala.

—Claro.

—O los matas a la primera o les das la vuelta y les disparas en el corazón. Aunque tengo que reconocer que hablar de ello me pone los pelos de punta. ¿Quieres que vayamos a algún sitio por aquí cerca a tomar algo?

—¿No es un poco pronto?

—No, hoy no.

—Debe de quedar ahí algo de ginebra y un poco de whisky.

—¿No tienes Metaxa?

—¿Qué es eso?

—Ponme whisky entonces. Échamelo aquí mismo en el té. Y sírvete otro tú también, te da energía. Es lo que digo siempre. ¡Ja, ja!

La joven echó whisky en las bebidas y se sentó en la silla de mariposas del revés, abriéndose de piernas. El albornoz se le subió por encima de las rodillas, y con una mano tísica empezó a acariciarse el cuello. Gnosos sentía la necesidad de un paregórico Pall Mall (como para filtrar el dolor antes de que le llegara al cerebro); pero el whisky le produjo un efecto similar.

—¿Te gusta el piso entonces?

—¿Cuánto se paga? —le preguntó él, tras dar un pequeño sorbo.

—Setenta dólares. Treinta y cinco si estás pensando compartirlo, por supuesto.

—Claro. ¿Y qué hay de los aparatos eléctricos?

—Todo está incluido menos el teléfono, que lo puedo dejar si me pagas el depósito.

Eso haría.

—¿Quién vive allí, detrás de esas puertas? —dijo señalando con la cabeza.

—Sólo los Rajamuttus, George e Irma. De Varanasí, creo; pero son muy majos, nunca dan problemas. Se pasan todo el día bebiendo ginebra y tónica, con granadina; no molestan a nadie.

«¿Podría hacer amistad con ellos?», pensó.

—¿Y qué es lo que les interesa? En materia de estudios, me refiero.

—Creo que George hace administración hotelera. Estudios de factótum, gerencia de bares, algo de eso.

«Para trabajar en el Punjab Hilton», pensó Pappadopoulos y él mismo se sirvió lo que quedaba en la botella.

—Creo que me quedaré con el piso. ¿Tengo que hablar con algún agente inmobiliario?

—No, yo misma te lo subarriendo. El propietario vive en el campo.

«¿Habría ratones?».

Se oyó a alguien golpear la puerta débilmente, y una voz que la llamaba por su nombre.

—Un momento —dijo ella, mientras dejaba la taza sobre la mesa y se ajustaba algo más el albornoz.

¿Sería la policía? ¿Su padre, enfadado? La voz le resultó familiar, aunque no consiguió entender las primeras palabras.

—He visto el anuncio del periódico; me preguntaba si podría echarle un vistazo...

—Lo siento, el Sr. Evergood lo está viendo ahora mismo, creo que se lo va a quedar.

—¿Es Fitzgore el que oigo? —gritó Gnosos desde dentro.

Una cabeza con una mata de pelo color zanahoria y una nariz cubierta de pecas le miraban desde la puerta, empalideciendo de sorpresa.

—¡Santo Dios! —exclamó.

—¡Pasa, hombre!

—¿Pero tú no estabas muerto? Dijeron que te habían encontrado por el norte congelado. ¡No me lo puedo creer, Paps!

—He resucitado. ¡Y ojo con lo que dices, *paps* son las tetas de una vieja bruja!

—Me estoy mareando.

—Pam, ¿hay algo más de ginebra en esa otra botella para el repollo este? Anda, ven a sentarte en mi nueva chozza, tú como en tu casa, ven a verla.

Se quedó de pie y le chocó la mano, un tanto vacilante. Gnosos le dio una palmadita en la espalda y le guió hasta una de las sillas de mimbre, donde el hombrecillo se dejó caer con una media sonrisa.

—¡Uau! Te lo juro, ¡no te imaginas la cantidad de rumores que han corrido sobre ti! Había incluso una historia sobre el Gran Cañón, pero dijeron que finalmente te habían encontrado en Las Vegas.

—Sólo estaba muerto de calor y de cansancio, buscando dioses de sol en Phanton Ranch. ¿No conocías a Pamela?

Fitzgore negó con la cabeza como con desgana y cogió la bebida que ella le ofreció, observando con curiosidad su color, parecido al del refresco de cerezas.

—Es granadina —explicó ella—. Una costumbre de Varanasí.

—Y de la playa de San Francisco, según dicen.

—Fue el poli que me salvó. Perdió la pierna por un tiburón martillo; menuda contradicción, yo rescatado por la ley.

—¡Madre de Dios!

—Casi lo deifican pero, vamos, era un poli como cualquier otro. Le concedieron un galón, o una chapita de esas de Mickey Mouse, no me acuerdo. ¿Qué hay de Oeuf, por cierto?

—Está enfermo, recuperándose de la mononucleosis. Y se rumorea que tenía también la gonorrea.

—Jamás lo hubiera imaginado. Pues tenemos que ir a visitarlo. Bébetela ginebra y vamos a dar una vuelta por el campus.

—Tengo laboratorio esta tarde, Paps, las clases ya han empezado, ¿sabes? ¿Tú vuelves como estudiante o como qué?

—Como un poco de todo —contestó, con una sonrisa picarona—. ¿Es demasiado tarde para matricularme?

—Seguramente te pondrán una sanción de cinco dólares —dijo Pamela, dejando caer un vinilo en el reproductor, intentando crear ambiente de fiesta.

«Tiene posibilidades», pensó Gnosos oblicuamente. «¿Tendrá algún fetiche?».

—Pero ¡qué coño! —dijo Fitzgore—. Yo también podría venirme.

—¿Tiene ascendencia irlandesa, Mr. Fitzgore? —preguntó ella.

El vinilo era de Bach. Gnosso descubrió una especie de identidad implícita en la media docena de elepés que llegó a contar. Tenía los libros habituales y dieciocho tarjetas perforadas junto a un Univac, colocado en una pared de color turquesa al lado de una fotografía de la típica compañera de residencia favorita. Beethoven, Brubeck, sinfonías selectas, *El Profeta*, un surtido de antologías, *Now we are six*.

—Llámalo por su nombre de pila, Pamela. Hardy es un devoto, siempre invoca a las tradiciones.

—¿Te llamas Hardy?

—Tengo ascendencia pero muy lejana —dijo Fitzgore—. Irlandés de Salem, antecedentes de Back Bay.

No podían perder más tiempo.

—Señorita Watson-May —dijo Gnosso en tono formal—, de verdad, tenemos que irnos. El piso es muy bonito, tengo que reconocerlo, pero estoy un poco cansado del ruido.

—¿No te gusta?

—No le hagas caso. Siempre hace lo mismo, le gusta hacerse de rogar —dijo Fitzgore.

—Es cierto, siempre actúo así. Tengo sangre griega, no lo puedo evitar.

—Tranquilo, no pasa nada —contestó ella.

—De hecho, mi nombre es Pappadopoulis. Pero me puedes llamar Gnosso, con una G sorda, ¿OK? ¿Nos vemos después? —la joven bajó la música de Bach, e hizo un leve gesto de desaprobación. ¿Sería porque se iban?—. ¿No sales nunca?

—Estaré empacando probablemente.

—Pues a ver si nos vienes a visitar un día. Cuando te apetezca quedar, ya sabes. Y si no estamos aquí, puedes de-



jarle el recado a los Rajamuttus. Aquí estaremos Fitzgore y yo para lo que quieras.

—No te preocupes —dijo como protestando—. Me gustaría estar tranquila, para estudiar...

—¡Aaah! —mugió Gnosso—. Era sólo por preguntar. Por si acaso.

Bajaron los gélidos escalones que daban a la calle y siguieron subiendo la larga cuesta en dirección al campus. Había montones de nieve pesada y gruesa por todas partes; nieve que, al fundirse, descendía desde el norte y alimentaba los Lagos Místicos. El cielo parecía hinchado, portentoso, enorme, como una gran alfombra de copos de nieve que neutralizaba cada extremo de color espectral, esterilizando las formas, ensordeciendo los sonidos; copos de nieve que permanecerían allí hasta el primer deshielo torrencial, el primer parpadeo de un sol desnudo.

No estoy ionizado y no poseo valencia.

Pero el alma de un cuerpo ya casi muerto,  
que no ha sido nunca gobernado por la razón,  
lucha todavía por vivir.

—¿Sucede algo, Fitzgore?

—¿Qué quieres decir?

—¿Hay algo de lo que debiera enterarme?

Suspiró y agachó la cabeza cubierta de pelo rojo, como intentando esconderse entre su abrigo, como la tortuga que esconde la cabeza dentro de su caparazón. Sus ojos, incapaces de fijarse en un punto, vagaban perdidos observando escaparates, puertas y un gran número de jovencitas que circulaban por aquella avenida, cada una de las cuales parecía proteger un tesoro ovárico que espera tarde o temprano ser fertilizado.

—¿Te refieres a los narcóticos?

—¿Qué hay de Oeuf? Eres incapaz de decirme que está bien.

—Nada. No los he vuelto a probar desde que te fuiste. Pero prefiero no hablar muy alto, quiero graduarme, y sólo me quedan seis meses, ¿sabes?

—Sólo preguntaba. ¿Qué hay del Black Elks del centro, de Fred El Gordo?

—Ningún blanco va por allí.

—Ya veremos. He traído algo de paregórico, por si acaso. ¿Conoces a alguien que tenga un ventilador eléctrico?

—¡Dios Santo, Paps! Desde luego, eres el hijo del veneno.

—Ése es Thanatos, que también es griego.

Delante de ellos, había un grupo de niñas pijas que iban de compras al Lairville. Incluso con aquel frío salvaje, en pleno invierno, iban con zapatillas de deporte, calentadores y chubasqueros color crema. Una generación de jóvenes cortadas con el mismo patrón y, mientras tanto, el Gran Patronista Blanco descansaba plácidamente tirado en su cama, esperando a que el líquido se enfriara. «Pero él no conoce mis bramidos», pensaba Gnosso Pappadopoulos. «Y, sin duda, alguien soplará y soplará hasta derribar la casita». Los estudiantes presumían de sus *blazers* recién estrenadas, parecían las revistas de sábado que el jueves ya están a la venta. Llevaban libros recién forrados comprados en la tienda del campus, reglas de cálculo en sus estuches de cuero, como sables enfundados, pantalones chinos lavados con cepillo para que se viera la fibra virgen y planchados con almidón para marcar bien la raya, camisas Oxford con los botones abrochados hasta arriba y jerséis de cuello redondo, y unos ojos azules que miraban como embobados a todas partes, sensiblemente afectados por una ración excesiva de vitaminas: zumo de naranja Tropicana, huevos frescos de campo, queso Kraft homogeneizado, leche de tetrabrik enriquecida, Cheerios con plátano secado al sol, pollo rebozado con copos de maíz, *sundaes* de dulce de leche calientes, batido de raíces Dairy Queen, hamburguesas de queso, crema

híbrida de maíz, extracto de riboflavina, levadura de cerveza, manteca de cacao crujiente, *casserole* de atún, *creps* con sirope de arce de imitación, filetes de paletilla de ternera, langosta Maine (para ocasiones más especiales), galletas Social Tea, germen de trigo integral, Kellogg's Concentrate, judías verdes, pan de molde Wonderbread, guisantes congelados Birds Eye, espinacas troceadas, aros de cebolla rebozados, ensaladas de escarola, guiso de lentejas, entrañas de ave diversas, Pecan Sandies, Almond Joys, Aureomycin, penicilina, inyección antitetánica, vacuna antivariólica, Alka-Seltzer, Empirin, Vicks VapoRub, Arrid con clorofila, pulverizador nasal Super Anahist, descongestionante Dristan, aire acondicionado para respirar, y la más saludable variedad de deportes de equipo disponibles para el hombre occidental. Sin olvidar una buena dosis de buena voluntad y de confianza alimentada por la fuerza de aquellos que, pese a no ser mansos, heredarán la tierra.

Recordó las últimas Navidades que había pasado con Heff, fumando hierba mexicana y bebiendo Martini en vasos de litro. Robaron el coche de la *D-Phi* durante una fiesta, y fueron a ver el pesebre importado que habían puesto en Ramrod. Estuvieron observando durante más de media hora las figuras de casi un metro de alto que habían colocado alrededor del nacimiento, y escuchando los villancicos que sonaban desde los altavoces que había justo encima. Había un pastorcillo que estaba bastante bizco.

- ¡Oye, Heff! ¿Has visto al pequeño Sebastián?
- ¿Que si yo qué?
- El pastorcillo bizco de ahí. Detrás de San José.
- ¡Joder, sí! Míralo, está bizco.
- Es de muy mal gusto, ¿verdad?
- ¡Ni que lo digas!
- ¿Crees que verá doble?
- Seguro.

—Verá a dos niños Jesús.

—Estoy contigo.

—Pero eso no es bueno.

—¿No?

—Párate a pensar: dos niños Jesús, o lo que es lo mismo, dos Cristos; una auténtica contradicción cristiana.

—Ahora lo pilló.

—Podríamos llevárnoslo, y así haríamos que todo estuviera como tiene que estar.

Pappadopoulis cogió la figura de plástico del niño Jesús y se la colocó debajo de la parka como si fuera una botella cara de champán. Se volvieron los dos, se dirigieron con paso tranquilo hacia el coche que habían aparcado ilegalmente y se subieron al coche que seguía con el motor en marcha.

—¿Sabes una cosa, Heff? La virgen María se ha dado cuenta del secuestro.

—¿Estará enfadada o qué?

—¡Vamos a tener problemas!

—Pues vamos a llevarnos a la Virgen también.

Heff volvió al pesebre a coger la estatua de la Virgen y se dirigió de nuevo hacia el coche. Caminaba torpemente y tropezó con los escalones. La estatua salió volando por los aires, haciendo como una especie de arco, y chocó contra una roca. La cabeza se le rompió y salió rodando por la calle.

—¡Paps, tío, la virgen ha perdido su *cool*!

—Sí, guárdatela en el bolsillo.

Cruzaron en coche todo el campus cubierto de nieve en dirección a Harpy Crees. Y, mientras tanto, Pappadopoulis acariciaba la estatua del niño, pasándole el dedo suavemente por debajo del mentón, metiéndole el meñique en el ombligo, y palpándole los pañales para hacer popó. Pararon en el puente y caminaron unos metros.

—Tradición, querido Heffalump.

—Hay que ir con cuidado. No deberíamos colapsar el puente.

Besaron las dos estatuas por turnos y las lanzaron al vacío, viéndolas caer junto con los blancos copos de nieve por el barranco que se extendía ante ellos. Escucharon el sonido del impacto, dos golpes secos.

—¿Volvemos a por Sebastián, Paps? No vaya a ser que diga que fueron cuatro secuestradores en lugar de dos.

—Vamos por él.

El pastorcillo que más tarde secuestraron iría a parar finalmente al Guido's Grill, donde lo colocaron sobre un tablero de fórmica de color rosa. Cuando alguien pasaba cerca de él, solía ponerse a cantar villancicos navideños y a brindar por la imagen de ojos bizcos. Heff siempre cambiaba la letra del villancico:

*Gloria a Dios,  
gloria al rey celestial,  
duerme en añicos Jesús...*

Y así era, el pobre niño Jesús dormía hecho añicos en el fondo del barranco. Pero volviendo a nuestra historia...

—¿Has mojado alguna vez con alguna pija de la Ivy League,<sup>2</sup> Fitzgore?

—¡Madre mía! Desde luego... ¡Haces unas preguntas que descolocan!

—Yo he estado de viaje, practicando el deporte más viejo del mundo, ha sido como una especie de búsqueda. He visto fuego y pestilencia, síntomas de una gran enfermedad. Pero yo estoy Exento.

—Hay una tía en el Circe III, que es como una especie de

2. La Ivy League es un grupo formado por las ocho universidades más prestigiosas de Estados Unidos (las universidades de Brown, Columbia, Cornell, Harvard, Pensilvania, Princeton, Yale y el Dartmouth College).

ninfómana, y que, desde que Heff la dejó, se ha tirado a todo lo que ha pillado y más. Pero tiene verrugas.

—¡Bravo por Heffalump! El pobre siempre se enamora de desfiguradas. ¿Follaba bien, al menos?

—Prefiero no pensarlo. Una vez, iba borracha, la puso a cuatro patas y le vomitó todo el asiento de atrás del coche. Pero la Pamela esta sí que me ha parecido interesante.

—¿Y coche? ¿Tienes ya, o no?

—Mi padre me compró un Chevrolet Impala para este último año.

—¡Oh, perfecto! Perfecta enfermedad y perfecto declive.

—¡Oye, Paps! En serio. Tengo que hincar los codos este semestre. Tengo dieciocho horas de clases a la semana.

—¿Y?

—Pues que tengo que aprobarlo todo.

—Algún día te preguntaré de qué coño te va a servir, rata bastarda, que traicionas la sangre de tus propios ancestros. Pero hoy no, ¿ok? ¡Anda, vamos al Louie's!

—Lo van a tirar abajo.

—¡¿Qué?!

—Van a construir algo llamado Largetto Lodge. Paps, las cosas ya no son lo que eran. No puedes pretender, después de estar todo un año fuera, volver a ver el mismo paisaje de mierda. Venga, vamos a tomar una cerveza al Plato Pit.

Siguieron caminando lenta y pesadamente. Sus cuerpos confirmaban un ángulo de sesenta grados con la cuesta. Gnosos pensaba en los estudiantes que veía pasar a su izquierda y a su derecha. Hacían oídos sordos a la fatalidad. Habían abierto más tiendas y pequeños negocios que parecían hacer la corte a las nuevas generaciones, y un nuevo despacho de fotografía especializado en pose dramática, de los que colocaban al retratado detrás de una ventana, con un fondo oscuro y con el rostro iluminado, fumando pipa y con intensidad pasional, como diciendo «miradme, soy el

busto de Homero». En la lavandería de estudiantes, un grupo de jovencitos ambiciosos de pelo corto peleaban por las prendas que, sin darse cuenta, habían mezclado. Conductores que eran estudiantes subían felizmente a furgonetas de estudiantes con repartidores también estudiantes; llevaban las botas llenas de barro y chirriaban al pisar la nieve; todo el mundo parecía tener parte en el negocio. Gnosos se preguntaba si serían fáciles de timar, y recordaba la ruleta que había montado una vez junto con Heff en el sótano. De repente, se toparon con un letrero: «MENTOR UNIVERSITY, FUNDADA EN 1894». Se veía, como cada año, a los novatos de primero de carrera (a ellos con bigote y a ellas con collares de celuloide) hablando con afectación como universitarios, siguiendo con la tradición. ¿Cuál sería el equivalente en lenguaje victoriano de «¿cómo lo llevas, colega?»? Después pasaron un prado y, seguidamente, el Jove Dormitory con su techo a dos aguas, un reflejo del paso de los tiempos.

Pasaron por la facultad de derecho con su gótico universitario. El Mock-Yale era un patio agradable, ideal para batirse en duelo. Caras que nunca antes había visto se volvían para mirarle, incrédulas, pensando quién demonios sería aquel bicho raro con esa mata de pelo rizado. Veía caras nuevas y jovencitas típicamente americanas con unos cuerpos increíbles, marcando cada una de sus curvas incluso bajo aquellas prendas de lana. «Chicas, aunque me evitéis la mirada, sabéis leer el deseo perfectamente», decía Gnosos para sí. «¿Os importaría montar a un loco antes de casaros con vuestro abogado? Así tendríais algo de la semilla de Gnosos, por si vuestro hombre se queda estéril de beber tanto Martini». De repente, vio a una chica que llevaba unos calcetines verdes hasta la rodilla y que creía haber visto una vez.

—¿Quién es ésa, Fitzgore?

—¿Quién?

—La de los calcetines verdes hasta la rodilla y mocasines.

—No la conozco; pero creo que es un genio en política.

«Tiene unas piernas preciosas», pensó Gnosso. «Seguro que ni ella misma es consciente. La Falacia Dorada. Pero ¡qué coño! Más vale que me contenga un poco».

—¿Y esa cosa de ahí encima?

—Es un edificio de nueva ingeniería. Están planeando construir un nuevo patio, si se le puede llamar así, en la facultad de química. ¿No estaba cuando te fuiste?

—Seguro que no.

Platos de aluminio tintado, largas hojas de vidrio aislante, torsiones de Dymaxion: contenidos sintéticos de una auténtica caja de sorpresas arquitectónica. Limpio, bien iluminado, barato de calentar, funcional, y que puede ser arrancado y remplazado durante un largo fin de semana o transportado a Las Vegas en helicóptero, con demolición incluida en el diseño estructural. Un asentir a la mortalidad.

Heffalump, a quien llamaban «El Cuarterón», estaba esperando en una de las mesas de madera barnizadas en el Plato Pit, al lado de la máquina de discos, debajo de una patética maceta de plástico con una hiedra artificial. Su cuerpo delgado, medio mestizo medio blanco, parecía estar vigilando su cerveza Red Cap, por si acaso quisiera escaparse. A su lado, había una chica peinada a lo Juana de Arco y con ropa más propia del sexo contrario. Se acercaron poco a poco, pero él en seguida se dio cuenta.

—¿Ése es Heffalump, Fitzgore? —preguntó Gnosso sorprendido—. ¿El del bigote lleno de espuma?

Aquel ser de trazos delgados e inseguros se desenroscó como en una explosión de brazos y piernas, y la Red Cap cayó y empezó a derramarse sobre la mesa, creando una especie de charquito efervescente.

—¡Uaaaaaaaa! —gritó él.



Su cara era un auténtico cuadro.

—Bueno, ¿qué pasa aquí? Uno vuelve a casa de la gran aventura ¿y nadie se digna siquiera a chocarme la mano? Ignorantes.

—¡Jesús, María y José! ¡No estás muerto!

—Sí, ya me ha contado Fitzgore.

—Oeuf nos dijo que te habían matado. Unos pachucos de Texas o de algún sitio de por ahí...

—¡No hombre! ¡Eso no es más que la proyección de los deseos de muerte de Oeuf! Aunque sí es cierto que quemaron a un *boy scout*, pero fue en Nuevo México, en Taos. Yo en aquel momento estaba en la cárcel.

—¡No jodas! —dijo Heff, acompañado de una risa tonta—. Pensábamos que te habías ido al otro barrio.

La gente que había en el local empezó a observar y Fitzgore a sentir vergüenza. Alimentó la máquina de discos y se fue para la barra a buscar una cerveza. Juana de Arco alargó la mano a Gnosos.

—Soy Jack. Tú tienes que ser Paps —dijo con voz de barítono ronco.

—Llámame Gnosos.

Gnosos le dio la mano pero encontró excesiva la fuerza de la joven. Seguidamente, se sentó. La boca de Heffalump seguía abierta entre carcajadas, enseñando sus enormes dientes de conejo.

—¡Guau! —dijo él.

—¿De verdad no os habíais enterado?

—Algo se rumoreaba sobre los Adirondacks, pero nadie estaba seguro al ciento por ciento; y, en cualquier caso, la secuencia temporal nunca tenía sentido. No sabíamos si ibas a volver o si ibas a seguir viajando por ahí.

—Pues si te soy sincero, yo tampoco lo sabía. Viví una especie de epifanía en North Beach, vi amenazado mi estado de Exención y, al final, tuve que huir.

—¿Por qué? —dijo la chica llamada Jack, frunciendo el ceño, como con excesiva seriedad.

—Pues no lo sé. Supongo que quería dejar atrás al mono diabólico. Algo allí hizo que me diera cuenta.

Fitzgore volvió, observó todo a fondo, colocó las tres botellas de cerveza sobre la mesa y volvió de nuevo a la barra a buscar algo más.

—Pero, por lo general, lo he pasado bien —y diciendo esto, se puso a buscar el último dólar de plata que le quedaba en la mochila.

—¿Todavía juegas a la ruleta, Heff?

—¡Shhhhh! Me obligarían a darles hasta el último centavo que llevara encima si me vieran aparecer por allí.

—¿Nuevos dueños?

—Ahora lo lleva una mujer que se llama Susan B. Pankhurst. Vicepresidenta del Departamento de Estudiantes.

—¿Es virgen?

Heffalump no pudo evitar atragantarse con la pregunta de su amigo y, automáticamente, agachó la cabeza para ver la cerveza que se le había caído a los pantalones. Jack se rió y le dio una palmada en la espalda, para hacerle toser. Era tortillera de la pelvis para arriba.

—¿Y dónde vives? —preguntó ella.

—Acabo de encontrar algo en Academiae Avenue con Fitzgore. Una pija británica que se muda.

—¿Británica?

—¿Y te vas a vivir con Fitzgore? —dijo Heff—. ¿No está en una residencia?

—Es lo que Memphis Slim una vez llamó «la cuestión del alquiler». Además, Fitzgore tiene coche.

La letra de la canción *Peggy Sue* sonaba estridente desde el tocadiscos y se oía entrecortado a Buddy Holly.

Fitzgore regresó, dejó sobre la mesa una taza de té y echó dos terrones de azúcar que no tardaron en disolverse.

—¿Cuándo nos mudamos, Paps? Estoy todavía en la residencia y estamos ya en el... ¿en cuál?, ¿en el segundo día de clases?

Heff chupaba la lata de cerveza, que estaba pinchada y perdía líquido.

—Déjame que lo piense esta noche —respondió Gnosos.

Seguramente ahora se pasaría la mano por su espléndido pecho cubierto de bello y empezaría a contar alguna de sus batallitas. No importa de qué pero hablaría un buen rato, hasta llegar a lo que realmente importaba. Después, seguramente, tomaría un *cook-'em-up* de medianoche, un *dolma* con hojas de parra, un pequeño huevo, salsa de limón a un lado, y *moussaka*. Necesitaría también un poco de Metaxa. A propósito, ¿dónde iban a comer después? ¿En la residencia de Fitzgore?

Empezó a sonar el estribillo de *Peggy Sue*.

—¿Cuánto tiempo te dan, Fitzgore?

—Toda la semana. Probablemente me pondrán una sanción por dejar tan pronto la residencia —dijo, a la vez que apretaba con un tenedor la bolsita de té contra uno de los lados de la taza.

—¿Hay alguna norma en contra de los griegos?

—No creo —contestó Fitzgore.

Heff se dio cuenta en seguida de que Gnosos tramaba algo, apartó la lata de los labios y, mirando el borde detenidamente, empezó a arrugar la frente como queriendo pillar la indirecta.

—¿Por qué? ¿En qué estás pensando? —le preguntó finalmente.

—Podría ponerme una chaqueta de *tweed* de Harris, robada quizá, una camisa Daks y una corbata de *challis*. Sólo tendría que ir y colarme en la mejor residencia.

—Sí, ya lo hicimos hace dos años en la *D-Phi* —dijo Heff—. Se le da muy bien.

—Pues me estoy superando. Sería capaz de mantener una conversación con un mínimo de chispa, jugar a juegos de mesa, a charadas, hasta de recitar el alfabeto griego. Te aseguro que les impresionaría. ¿En cuál estás tú?

—En la *D.U.* Pero...

—*Dikaia Hypotheke*. Una gran máxima. Inspiradora, debo decir —y diciendo esto tomó un pequeño trago de cerveza. Ya lo sentía, le empezaba a rugir el estómago, era el ácido de la ansiedad—. No es una de las secretas, si no recuerdo mal. No hace falta dar la mano, ni contraseñas. Eso ya es algo exclusivo del *Square Deal*<sup>3</sup>. ¿Quién sabe, Fitzgore? Como mucho podrían obligarme a llevar una gorrita con una hélice durante la *Hell Week*,<sup>4</sup> o a llevar colgando a clase un muñeco a pilas.

—¡Dios mío, Paps! Tú sólo vendrías por la comida gratis. Seguro que al final todo el mundo se acabaría dando cuenta.

—¿Qué comerás? ¿Solomillo? ¿Cola de bogavante con mantequilla? ¿Algo guay para impresionarme?

—Para empezar, tú no tienes ropa adecuada —respondió Fitzgore.

—¿Tú tienes algo, Heff?

—Tengo un traje de Brooks de la lavandería de estudiantes.

—Suficiente.

Jack volvió a soltar una de sus carcajadas de barítono y empezó a frotarse las manos. A decir verdad, se veía guapa.

3. El *Square Deal* («trato justo») es el término utilizado por Roosevelt y sus socios para referirse a las políticas de su Administración, especialmente a las de ámbito económico y a aquellas que estaban destinadas a impulsar la legislación laboral.

4. Semana inaugural de todas las organizaciones griegas (asociaciones de estudiantes o fraternidades) en las que los nuevos miembros sufren fuertes abusos y torturas para poder formar parte de ellas.

«¿Tendría alguna compañera de habitación?», se preguntaba Gnosos.

—¿Por qué no me recoges en casa de Heff, a eso de las seis?

—¡Dios, Paps! No sé.

—Ya verás, les encantaré.

Abrió la mochila y empezó a buscar entre los pies de conejo húmedos, la ropa interior y las ampollas de paregórico un dólar de plata y un bote de feta. Seguidamente, abrió la tapa a rosca del bote y sacó cuatro trozos grandes de queso de cabra blanco. Se los puso sobre la cabeza y rezó entre dientes con solemnidad algo así:

*«Confiteor Deo omnipotente,  
beatra Pappadopoulis, semper virgini,  
beatra Pappadopoulis, semper paramus».*

Pequeña transubstanciación.

—Éste es mi cuerpo, tíos —y acercando a sus amigos una lata de Red Cap—, y ésta es mi sangre.

Queso de cabra, comida en conserva en un bote de cristal cerrado con una tapa de metal, símbolos de las tontas células del ser. Con los dedos santificados, colocó un trozo de queso en cada una de las bocas que se abrieron ante él.

—Estoy redimido —dijo Heff.

—Amén —dijo Jack.

Gnosos le lanzó el dólar de plata a Fitzgore y le dijo:

—He ahí un porcentaje considerable de mi fortuna, para que compres más sangre.

—Ok, ¿te importa que tome té mejor?

Fitzgore fue hasta la barra obedientemente, resignándose a tener que ir a la cena que más tarde se le presentaba. Jack observaba con ojos como platos, sonriendo. «¡Cuidado!», pensó Gnosos, «podría ser el rollito de Heff. Ya he

tenido bastantes problemas con las chicas de mis amigos». Fitzgore volvió de la barra casi inmediatamente.

—No me lo aceptan.

—¿El qué?

—Tu dólar de plata.

—¿Cómo que no lo aceptan?

—La cajera dice que nunca había visto un dólar como éste.

Gnossos se levantó de golpe, con los ojos destellantes y la parka sobre sus grandes hombros, como si fuera la capa de un mago. El pelo le caía sobre las orejas. Fue caminando con paso firme hasta la barra, y se puso delante de dos chicas que estaban comprando magdalenas de maíz, que, al oír el sonido metálico de sus botas, se echaron para atrás. La mujer de la caja registradora tenía cara de patata y complejión de Wheatena. La había visto ya en un centenar de bares y moteles de carretera, en incontables supermercados y en varias secciones de ofertas de grandes almacenes, agachada, con uniforme, oliendo a secretos comprados en Woolworths, con los labios arrugados, y con la pasión arrancada o derrochada veinte años antes. «Los resignados son mis enemigos», pensaba Gnossos.

Encima del mostrador había tres Red Caps abiertas y una taza de té. Soltó el dólar de plata, que produjo un chasquido pesado al chocar con la superficie.

—No vale —dijo ella—. Acabo de rechazar uno igual.

—¿Qué?

—Que no vale —repitió, sin apenas vocalizar.

Gnossos colocó las palmas de las dos manos sobre el mostrador y las acercó tanto a ella que ésta se vio obligada a cambiar de posición y echarse para atrás.

—Le imploro que me perdone, pero ES bueno y USTED va a aceptarlo.

—Lo siento muchísimo, cielo, pero...

—¿Cielo? ¿CIELO? ¿SABE USTED CON QUIÉN ESTÁ HABLANDO?

De repente, se hizo el silencio en el Plato Pit. Todos los individuos que estaban sentados en las mesas de madera se volvieron para ver de dónde venía aquel grito.

—Soy el puto Rey MONTEZUMA, ése es quien soy, y ésta es la moneda de mi reino —la mujer miró a ambos lados en busca de ayuda, tocando nerviosamente las teclas de la máquina registradora, con la boca abierta y con las cejas buscando equilibrio—. Y si quebranta el honor del símbolo de mi reino, haré que le arranquen el corazón, ¿entendido?, que se lo ARRANQUEN de su cuerpo —ella empezó a tambalearse y a respirar entrecortadamente— en lo alto de una pirámide. ¡Y me lo comeré CRUDO!

Las dos chicas que había cerca del mostrador cogieron las magdalenas de maíz y se apartaron del maníaco; la mujer estaba empezando a empalidecer.

Gnossos cogió la cerveza y el té, y dijo entre dientes:

—Quédate con el cambio, corazón. Y cómprate una botella de agua caliente.

Seguidamente, volvió a la mesa, donde consumieron las bebidas atropelladamente bajo un velo de discretos murmullos. Al acabar, se marcharon. Ya había oscurecido y caían copos de nieve del cielo. Se oían las cadenas de los coches que, al pasar, hacían un ruido mudo en la carretera.